

Las puertas de las tiendas, las embocaduras de las calles, las ventanas, los balcones se encuentran llenos de curiosos: acá y acullá, los que ocupan las primeras filas nos contemplan con semblantes en los cuales se lee la curiosidad mezclada de compasión.— ¡Pobrecillos! ¡No estarán poco cansados! — ¡Qué maravilloso efecto el de aquellos ojos! Tal andaba encorvado que sigue con gallarda apostura: éste que cojeaba procura andar con aire marcial: aquél que apenas podía mantenerse en pie, hace un esfuerzo poderoso para guardar buen talante... — Á ver tú, ¿dónde vas? — Un sorbo de agua, mi teniente. — ¡No se bebe! ¡al puesto! — ¡Qué crueldad! — murmuran en derredor algunas comadres compasivas. — ¡Cómo les tratan! ¡Ni un miserable sorbo de agua! ¡Pobres muchachos!

El regimiento ha desfilado: ha formado pabellones y desplegado las tiendas... ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¿Y las fatigas y las incomodidades de la marcha no se recuerdan ya?

Ni por asomo.

## EL ASISTENTE

CUATRO años hacía que moraban juntos, sin que en el transcurso de ellos hubiesen olvidado un instante siquiera, que el uno era oficial y el otro soldado. Aquél era militarmente austero: éste soldadesca-mente sumiso. Y se amaban; pero con aquel afecto duro, tosco, mudo, que no trasciende al exterior; que no se manifiesta de modo alguno; que oculta un ímpetu de ternura bajo un ademán desgarbado; elocuente cuando calla y soso cuando habla; enemigo de toda blandura, y avezado, siempre y cuando se siente acometido por el impulso de llorar, á apretar los labios, y sumirse las lágrimas, para no parecer flaco de espíritu y blando de corazón.

El lenguaje que entre ambos mediaba era el laconismo por excelencia: comprendíanse con un monosílabo, con una mirada, con un gesto, siendo común intérprete el reloj, que todo lo regulaba con la más estrecha disciplina, hasta los pasos y las palabras. — ¿Manda algo mi teniente? — Nada. — ¿Puedo marcharme? — Véte. — Era esta la fórmula cotidiana de despedida: ni una palabra más, ni una palabra menos. Y así habían transcurrido los días, los meses, los años, — nada menos que cuatro años, — en el cuartel, en el alojamiento, en el campamento, en marcha, en guerra, y paula-

tinamente había ido creciendo en sus corazones, casi sin que de ello se dieran cuenta, un afecto severo, profundo, por demás intenso. Para quien á fondo los hubiese conocido, en aquella inalterable seriedad; en aquel hablar soldadesco, en aquel cambio de miradas fugitivas que en el uno querían decir, «hay tal cosa,» y en el otro «está bien,» había tanta cortesía, tanta solicitud, tanto cariño, como pudieran existir en la más expansiva y tierna correspondencia.

Habíanse encontrado uno al lado del otro en el campo de batalla, á algunos centenares de pasos de los cañones enemigos, y cada vez que había llegado á sus oídos el pavoroso zumbido de una granada, instintivamente habían vuelto la cabeza el uno en busca del otro, y encontrándose sus miradas, habían lanzado un suspiro, pensando:—Lo que es de esta escapó.—Más de una noche, fría y lluviosa, habían prestado servicio en las avanzadas con los pies metidos en el lodo y el rostro expuesto al cierzo, y al amanecer, en cuanto llegaban las fuerzas de relevo, habían cambiado una sonrisa, cual si con ella pretendieran decirse mutuamente:—Regresamos al campamento: alégrate, podrás descansar.

Muchas veces, durante una marcha fatigosa, realizada en los meses de estío, ambos al par habían vuelto la cabeza para mirar las piedras miliarias levantadas en el borde del camino, y después de haber contado casi cuarenta, muy cerca ya del término de la jornada, cambiaban una mirada animosa y complaciente que quería decir:—Aún faltan dos.—Una queda.—Hemos llegado.

Más de una noche, en el campamento, cuando se dispone el ánimo para escuchar las descargas que han de quitarnos el sueño, en cuanto se había tendido el uno debajo de la tienda, y el otro le había echado encima el capote, á fin de preservarlo mejor del relente y del frío,—Buenas noches, mi teniente,—había dicho el soldado retirándose, y parecídole á aquél que su voz había sido un si es no es

temblorosa, y que sus labios nó habían llegado á pronunciar entera la postrer palabra, y por su parte le había saludado de un modo parecido.

En determinadas ocasiones, en tanto que el uno presentaba al otro una carta, hacia la cual extendía éste la mano con ademán impaciente, había cruzado ambos rostros un ligero sonrís.—Es una carta de casa: he reconocido la letra: es de tu madre,—había querido decir el uno.—Gracias: me has anticipado el júbilo,—había querido responder el otro.

Después de lo cual volvían á las acostumbradas formas silenciosas y severas. No hay ejemplo de que el bravo soldado, al presentarse á su jefe ó al separarse de él, hubiese olvidado llevar la mano á la frente, cuadrándose, y levantando la cabeza y mirándole al rostro; ni de que al retirarse hubiese dejado de volver la cabeza tal cual prescribe la ordenanza.

Juntos vivían hacía cuatro años; mas como el soldado había pasado á asistente después del primer año de servicio, no hay para qué decir que se hallaba muy cerca de cumplir el tiempo de su empeño.

Un día el jefe del cuerpo recibió orden para licenciar á los del sorteo á que pertenecía.

Aquel día, entre el oficial y el soldado, cruzáronse pocas palabras más que las de costumbre: en cambio sus corazones hablaron largamente.—¿Manda mi teniente otra cosa?—Nada... Ha llegado la orden para licenciar á los de tu quinta. De aquí á diez días marcharás.

Siguió á esto un breve silencio, durante el cual sus ojos se evitaron...—¿Puedo marcharme?—Véte pues.—En esta ocasión se había añadido un *pues*, y esto por sí solo constituía un gran paso en el camino de las ternezas.

Oprimióseles el corazón; mas no á ambos con la misma fuerza. El uno perdía un amigo, más que un amigo, un hermano que le amaba con afecto casi religioso. El otro perdía también un amigo; un hermano; pero aquél se quedaba,

en tanto que éste se volvía á casa, y esto por sí solo constituía un consuelo inmenso.

¡Volver á casa! Después de tantos años; después de tantos peligros; después de tantas noches pasadas en el campamento, escuchando la nota aguda, prolongada, melancólica del *silencio*, en tanto que se extinguen las luces sobre las tiendas, y por toda la vasta extensión de aquella movible ciudad de lienzo, pocos momentos antes tan alegre y regocijada, se va extendiendo una quietud profunda, sólo de tarde en tarde interrumpida por la voz penetrante de los centinelas gritando *alerta*; después de haber tantas y tantas veces apoyado la cabeza entre las manos, en aquellos momentos de negra melancolía pensando en la madre, preguntándose:— ¿Qué hará aquella pobre mujer en este instante?— ¡Volver á casa! Después de haber oído tantas veces, en el vivac, á prima noche, entre los grupos de los del mismo pueblo, los cantares y melodías campestres, aquellos, aquellos mismos que precisamente se cantaban allí, en casa, en verano, durante la velada, en la era, que bañaba la luna con su luz plácida y tranquila, y entre las voces de amigos y parientes se percibía una, de todas distintas, clara, argentina, trémula que iba derechamente al corazón; después de haber tantas veces bendecido aquellos cantos, como un saludo de una madre lejana... ¡volver! ¡Regreso inesperado! Ver de nuevo aquellos campos, aquellas casas; reconocer de lejos aquel techo, retardar el paso, llegar desfallecido á aquellas paredes estimadas, contemplar de improviso á la hermana que se dejó niña, convertida en garrida jovencuela, al hermano pequeñuelo hecho todo un muchacho; á sus gritos comparecer todos los demás; lanzarse en medio de ellos, desprenderse después de todos, echar á correr hacia la casa, llamar á la viejecilla; verla que viene con los brazos extendidos y los ojos llenos de lágrimas, echársele al cuello, sentirse estrechado entre aquellos brazos amorosos y experimentar de golpe y al

par todas y cada una de las más santas alegrías humanas, cosas son que, con sólo pensarlas, las mayores amarguras se endulzan, y se cicatrizan las heridas más profundas.

Ni apesadumbraba menos á aquel arrogante muchacho la idea de tenerse que separar de su querido teniente. Á más de que un buen soldado no se despoja nunca del recio capote que durante tantos años le ha servido de colcha y de cabezal, y sobre el cual tanto y tanto ha trabajado con el cepillo, el jabón y la aguja, sin experimentar un desfallecimiento interno, una como ternura inquieta y desapacible, semejante á la que se siente al separarse de un amigo que nos ha jugado una mala pasada, al cual quisiera ponerse cara fiera, bien que en el fondo siempre se le haya querido y estimado. De vez en cuando, sin de ello darse cuenta, y mientras no se haya perdido la costumbre, llevaráse instintivamente la mano á aquellos bolsillos posteriores en los cuales, estando en la prevención, guardaba apresuradamente la pipa, en cuanto asomaba por la puerta el oficial de guardia... ¡Qué rabia no encontrarlos ya!

El bueno del oficial estaba pensativo, y no había añadido una sola palabra á la fórmula acostumbrada. Lo propio conectía al soldado. En cambio, sus miradas se encontraban con más frecuencia; eran más persistentes y parecía que se dijese:— Sufres: lo sé.— El soldado cumplía sus menesteres con más calma, á fin de permanecer más tiempo en casa, y compensarse, por este medio, en aquellos últimos días, de la próxima separación. Al principio procedía con cierta lentitud: después con calma decididamente estudiada: por último, hacía ademán de quitar el polvo de las mesas y de las sillas; pero las más veces y con frecuencia, absorto en sus tristes pensamientos, agitaba distraídamente el paño de manos, sin tocar á mueble alguno. Entretanto el oficial, de pie é inmóvil, con los brazos cruzados, delante del espejo que reflejaba la imagen de su asistente, seguía sus pasos y los movimientos

de su rostro, con la mayor atención, y apartaba de cuando en cuando las miradas, convirtiéndolas rápidamente al techo que contemplaba con distraído ademán. — ¿Puedo irme, mi teniente?— Véte pues.— Y el soldado se marchaba. Pero no había bajado dos peldaños, y en el interior del aposento sonaba presuroso un:— Oye, vén.— Y aquél entraba de nuevo. — ¿Manda algo mi teniente?— Nada. Quería decirte... nada, nada: lo harás mañana. Puedes marcharte.— Y acaso le había llamado para verle, y, habiéndole visto marchar de nuevo, permanecía buen espacio con la vista clavada en el dintel de la puerta por la cual saliera.

Llegó al cabo el día de la marcha. El oficial estaba en su alojamiento sentado delante de la mesa, enfrente de la puerta entornada. Al cabo de media hora debía ir su asistente para despedirse y marchar. Estaba fumando, arrojando al aire las bocanadas de humo, y con mirada distraída seguía las espirales que lentamente iban formando hasta tanto que se desvanecían y por completo se disipaban. El humo, metiéndosele por los ojos, excitaba el lagrimeo, y de cuando en cuando se los secaba con el dorso de la mano, maravillándose de que las lágrimas se desprendieran tamañas como si realmente llorara. Achacábalo todo al humo, pretendía engañarse á sí mismo respecto de su conmoción; disimulársela, y atribuir al cigarro lo que procedía del alma. Y pensaba:— Era cosa prevista. ¿Á qué viene, pues, tomarlo tan á pecho? ¿Por ventura ignoraba cuando lo tomé que no había de estar eternamente á mi servicio? ¿Ignoraba por ventura que había de permanecer en las filas sólo cinco años? ¿Que tiene una familia, una casa en la cual nació y ha crecido, de donde partió con pena y adonde volverá con alegría? ¿Puedo pretender que continúe en el ejército por mi bella cara? Sería un egoísta... Lo soy ya. ¿Qué lazo de gratitud lo une á mí? ¿Qué he hecho yo por él? ¿De qué me es deudor?... De nada absolutamente: todo lo contrario. No le he hablado una sola vez sin desarru-

gar el entrecejo... Ya se ve, es mi carácter; ¿qué le hemos de hacer? Es inútil: jamás se me vienen á la boca las palabras apropiadas para decir ciertas cosas. Á más de que... tampoco deben decirse. Sin embargo... ningún mal habría en ponerle la cara menos fosca... Ahora se va... Retorna á su casa para labrar sus campos; para volver á la vida pasada: poco á poco irá perdiendo los hábitos contraídos durante el servicio militar; todo lo olvidará: su regimiento, sus camaradas, su teniente. No importa con tal que viva feliz. ¿Pero yo, podré olvidarle? ¿Cuánto tiempo deberá transcurrir hasta tanto que me acostumbre á una cara nueva; antes de que por la mañana, al despertarme, no me parezca estarle viendo delante de mí, completamente ocupado en el cumplimiento de sus quehaceres, quieto, quieto, silencioso, sin osar moverse ni respirar á fin de no despertarme antes de tiempo? ¿Cuántas veces apenas desvelado, le llamaré por su nombre? Tantos años de amigable compañía, de afecto sincero, de afectuosos servicios, y luego... vérselo que se va,... cuando menos se esperaba... Pero ¡qué diablos! es nuestro oficio, no hay nada que oponer. Conviene resignarse... ¡Qué buen muchacho! ¡Qué corazón el suyo! Si á veces, en las marchas, tronzado por la fatiga, abrasado por el sol, sofocado por el polvo, me detenía un instante y volvía los ojos en derredor, buscando un sorbo de agua, encontrábame de improviso con una bota y sonaba á mis oídos una voz que decía:— ¿Mi teniente desea beber?— Era él. Había salido disimuladamente de las filas, y corrido á proveerse de agua,... muy lejos acaso, quién sabe dónde, y en un abrir y cerrar de ojos había regresado anhelante, sudoroso, fatigado, y se había colocado detrás de mí esperando que mostrara deseo de beber. En el campamento si llegaba á dormirme á la sombra de un árbol, y al cabo de un rato llegaban á herirme en el rostro los rayos del sol, una mano previsora colocaba á mi lado un fajo de ramaje, ó extendía una tienda, ó ponía tres ó cuatro mochilas una